MINISTERIO Y CULTO EN EL SACERDOCIO MINISTERIAL

EMILIO SAURAS

El sacerdote es un mediador. Y por eso la función que desempeña es una función mediadora. La misma palabra lo indica: *sacerdos* = *sacra dans* (1). El que da las cosas sagradas. Las da en doble dirección: las que de abajo suben arriba, para lo cual debe antes sacrificarlas o hacerlas sagradas, porque de suyo son naturales, terrenas o humanas. Y las que de arriba vienen abajo, y que, en razón de su procedencia, son sagradas ya. Es un funcionario de los hombres en las cosas que se refieren a Dios (2); y un funcionario de Dios en las cosas que quiere dar a los hombres. Por lo primero ejerce una función *cultural*; por lo segundo, una función *apostólica*.

Pero el sacerdocio no es una institución ni una dignidad unívocas. No se existencializa, tampoco, con un ejercicio uniforme y horizontal. Es una institución y un oficio con valor analógico, que admite sus más y sus menos. Con una diferencia en este más y este menos, que no es sólo de grado, sino de esencia.

Está, por una parte, el sacerdocio común de los fieles, quienes, por la consagración que recibieron en el bautismo,

(1) *Suma teológica*, III, 22, 1.

(2) Hebreos, 5, 1.

se encuentran capacitados para ejercer una función de cara a Dios, cual es la de ofrecer el sacrificio espiritual de sí mismos, como hostia viva y grata al Señor, y la de concurrir a título personal en la ofrenda del sacrificio eucarístico. Y para ejercer otra función de cara a los hombres: la de anunciar, mediante el testimonio, por doquier y a quienes lo pidan, el poder de aquel que los llamó de las tinieblas a la luz admirable (3). Se ven aquí las dos vertientes sacerdotales: la cultural, ofrecer el sacrificio; y la que hemos llamado apostólica, dar testimonio de Cristo ante los demás, anunciándoles el poder de Dios.

Y está, por otra parte, el sacerdocio ministerial, superior en grado y en esencia; con las dos vertientes y las dos clases de funciones también, la cultural y la apostólica. La cultural, de cara a Dios, porque este sacerdote es el confeccionador del sacrificio eucarístico, que luego ofrecerán él y los fieles, aunque de diferente manera y por diverso título. Y la apostólica, de cara a los hombres, ante quienes no sólo debe dar testimonio, cosa a la que está obligado por el sacerdocio común que recibió en el bautismo, sino que, además, los debe formar y los debe dirigir (4).

Quedaría muy corto quien se limitara a dar al sacerdote ministro en el orden cultural solamente la función de presidir la asamblea litúrgica, en la que todos los fieles intervenirían de la misma manera bajo su presidencia o sede primacial, prescindiendo de la que, además, le es propia y esencial, de hacer el sacrificio y ofrecerlo por el pueblo. Y en el apostólico, la de dar testimonio con una vida y una laboriosidad correctas, prescindiendo de la predicación, del ministerio de la reconciliación y de la conducción de los fieles. Funciones que le han sido encomendadas por el obispo, y que debe ejercer a título de delegado, exponiendo y haciendo lo que la jerarquía superior de orden y de magisterio le encomendó, y no lo que surja en él de su propio talante o se le ocurra como libre opinión suya.

(3) *Constitución Lumen gentium*, n. 10.

(4) *Id.*, n. 28.

Los dos sacerdocios tienen las dos vertientes. Pero, como se ve, las encomiendas son muy distintas en cada uno de los dos. La *Lumen gentium* está bien explícita al determinar la dignidad y la función de cada uno de los dos en los números 10 y 28 respectivamente.

No están sin embargo desligados el uno del otro, a pesar de que entre los dos hay tan grandes diferencias. Y en el momento de relacionar el común con el ministerial se puede correr y se corre de hecho un doble riesgo doctrinal y práctico. El de minimizar el sacerdocio ministerial, haciendo de él un sacerdocio común, que en el orden cultural se limite a hacer presidir al ministro la asamblea litúrgica, como el *primus inter aequales*, sin la función específica suya que es hacer el sacrificio y ofrecerlo en nombre del pueblo fiel. Y que, en el orden apostólico se limite a dar testimonio ante los hombres de una vida honrada y laboriosa, abandonando los menesteres de la predicación, la reconciliación y la conducción del pueblo de Dios.

O bien, y es el segundo riesgo, exaltar el sacerdocio común, atribuyéndole menesteres que, por determinación divina, pertenecen en exclusiva al sacerdote ministro bajo la dependencia de la jerarquía, de la que es delegado y colaborador.

Siempre ha hablado el magisterio del constitutivo y de los quehaceres de cada uno de los dos sacerdocios. Con particular insistencia ha hablado en los últimos tiempos. Y, en tiempos de confusión, como los presentes, es interesante saber qué piensan sobre temas de tanta importancia autores a quienes Dios ha dotado de especial lucidez y de competencia nada común. Hemos pensado que valía la pena espigar en los escritos de Santo Tomás algunos textos precisos y claros sobre la dignidad del ministerio de la Nueva Alianza, sobre los diversos ministerios sacerdotales y sobre algunos hechos doctrinales que pongan de manifiesto el valor, la dignidad y la jerarquía de cada uno de los mismos.

MINISTERIOS SACERDOTALES DE LA NUEVA ALIANZA

La Iglesia es una institución de utilidad; institución de ministerio y de servicio. Es la continuadora de la misión encargada a Cristo por el Padre, y Cristo vino precisamente para nuestro bien; no a ser servido, sino a servirnos. Así es la Iglesia. Así ha de ser. Dirigiéndose el Señor precisamente a los Doce, que constituían su núcleo germinal, les dijo: "Como me envió mi Padre, así os envío yo" (5). Y sabemos que el enviado del Padre se nos presentó "lleno de gracia y de verdad". Para que los hombres fueran participando, de su plenitud (6). Los Doce, por lo tanto, y la Iglesia por ellos constituida, tenían el menester de hacer a las gentes partícipes de esta gracia y de esta verdad, cuya plenitud reside en la cabeza. No hacía falta, pero el Señor se encargó de explicitárselo cuando llegó la hora de despedirlos. Fue entonces cuando les explicó cuál tenía que ser su misión: comunicar al mundo la verdad y derramar la gracia sobre los hombres: predicar, que es enseñar la verdad y bautizar, que es comunicar la gracia, cuyo curso institucional son los sacramentos (7).

Cristo no fue enviado sólo para esto. Vino a redimirnos, y la redención tenía que efectuarse por la vía del sacrificio. El sacrificio es un acto de culto; el más cabal de la liturgia; es un acto de latría. Vino, pues, a dar culto al Padre mientras comunicaba a los hombres la verdad y les distribuía la gracia. Es San Pablo quien en la carta a los hebreos explica esta finalidad cultural de la venida del Señor (8). Y antes de esta explicación paulina lo había dicho ya el mismo Cristo en el momento de iniciar su pasión. Iba a ella "para dar gloria al Padre" (9).

(5) Juan, 20, 21.

(6) Juan, 1, 14-16.

(7) Mateo, 28, 19.

(8) Hebreos, 10.

(9) Juan, 17, 1.

La misión de Cristo implica, pues, el apostolado, mediante el cual liga con los hombres a través de la comunicación de la gracia y de la verdad, y el culto, mediante el cual liga con el Padre ofreciéndole sacrificio. Vuelve a ser San Pablo quien nos pone esto de relieve cuando nos propone a Cristo como modelo: "Por tanto, hermanos santos, participes de una vocación celestial, considerad al *apóstol* y *pontífice* de nuestra fe, Jesús" (10). En la Iglesia, hay, pues, por ser su continuadora, un ministerio de *sacerdote-pontífice*, y, como tal, tiene la mira puesta en el Padre para ofrecerle un sacrificio cultural; y otro ministerio de *sacerdote-apóstol*, que tiene la mira puesta en los hombres para administrarles la verdad divina mediante la palabra, y la gracia de Dios, mediante el sacramento.

Será preciso advertir el detalle de *la manera* cómo Cristo desempeñó este doble ministerio; o mejor, cómo relacionó el uno con el otro. La Iglesia, que es su continuadora en la misión, tendrá que serlo también en el modo de ejercerla. El detalle tiene una importancia trascendental; y a él dedicaremos la segunda parte de este trabajo. Cristo, que dio gloria al Padre con todos los actos de su vida (Juan, 17, 4), cumplió su misión pontifical de glorificarle mediante el sacrificio ofrecido en la cruz y consumado en la resurrección (Hebr. 9). Y veremos a su tiempo cómo advierte Santo Tomás, y se verá confirmado en San Pablo y en el evangelio, que el Señor enmarca su ministerio de sacerdote-apóstol en la perspectiva de su ministerio de sacerdote pontífice. En la cruz, donde va a dar gloria al Padre (Juan, 17, 1) ofreciéndole el sacrificio cultural de la Nueva Alianza (Hebr. 9), es donde precisamente actuará en favor de los hombres como santificador suyo (Juan, 17, 19). Quedan conectados los dos ministerios y las dos funciones, la del pontífice y la del apóstol. Y no de cualquier manera. Más adelante veremos, con testimonios de Santo Tomás, confirmados con otros del Señor y del Apóstol, que del cumplimiento del ministerio pontifical depende la eficacia del ministerio apostólico.

(10) Hebreos, 3, 1.

1) *El ministerio de los Doce*

La misión que Cristo recibió del Padre fue una misión sacerdotal, con la doble vertiente de apostolado y de culto. Y la Iglesia, que es su continuadora en el mundo, sigue siendo una comunidad sacerdotal, también con las mismas dos vertientes, apostólica y cultural. Es útil a los hombres para quienes administra la gracia divina y la verdad revelada; y da gloria a Dios, ofreciéndole un culto rendido en espíritu y en verdad. Pero quiso el Señor que este doble ministerio, que es inherente a la comunidad eclesial, lo desempeñaran particularmente, y en su nombre, unos hombres elegidos por El de entre el pueblo de Dios y ungidos con una especial consagración. Fueron los apóstoles y son los sacerdotes ministros. Los apóstoles, consagrados por la elección particular del Señor, y los sacerdotes, consagrados mediante la recepción del sacramento del orden.

La Iglesia ha tenido ya desde siempre una organización ministerial. San Pablo recuerda el hecho y nos transmite en las cartas varios elencos de los ministerios. Hacía falta esta organización ministerial "para el ordenamiento de los santos en orden a las funciones del ministerio, para edificación del cuerpo de Cristo" (11). En esta organización ministerial se encuentran ministerios de origen inmediatamente divino y ministerios instituidos por los propios apóstoles. Modificables estos últimos por los mismos apóstoles. Como hay hoy ministerios de origen divino también, según vamos a ver, y ministerios de origen simplemente eclesiásticos, sujetos a modificación hecha por la misma Iglesia cuando lo juzgare oportuno. Pero hay ministerios que se instituyeron por el Señor reservándolos para los apóstoles, y que se reservan hoy para los sacerdotes-ministros. Consignación hecha a los primeros por una elección personal

(11) Efesios, 4, 12. — En las cartas aparecen varias listas de ministerios. Cf. Romanos, 12, 6-8; 1 Corintios, 12, 28; Efesios, 4, 11. — En los Hechos, y asimismo en las cartas, aparecen frecuentemente en ejercicio muchos ministros, ayudantes o colaboradores de los apóstoles en sus ministerios.

del Señor; y a los segundos mediante la consagración que da el carácter del sacramento del orden.

Antes de enumerarlos y de ver cómo los interpreta Santo Tomás, conviene anotar algunas cualidades que tienen todos los ministerios de la Nueva Alianza, sean o no sean sacerdotales. El ministerio es una institución activa, responsable, de servicio, y que se debe ejercer santamente.

Primero, es una institución que se asemeja a la causa instrumental. “El ministro se comporta a la manera del instrumento”, dice (12). Por lo tanto su dinámica tendrá parecidos con la dinámica de los instrumentos: “Los ministros de la Iglesia actúan en los sacramentos a modo de instrumentos” (13). Y el modo de actuar de la causa instrumental lo explica de la siguiente manera: “El instrumento tiene doble acción. Una instrumental, que no realiza por su propia virtud, sino por virtud que le comunica el agente superior; y otra propia, que le compete por su propio natural” (14). Estas clases de causas conjuntan dos virtudes o dos fuerzas en una misma actividad. Por eso se podría decir que su acción es doble. Cuando actúan lo hacen con una virtud recibida del agente superior que las utiliza y les da movimiento; y con otra que les es propia y les nace de su peculiar contextura. La sierra, por ejemplo, tiene propia la capacidad cortante; pero corta de una manera u otra por la virtud, el impulso y la habilidad de quien la utiliza. Algo parecido sucede con el ministro: actúa con un poder superior al suyo, poder que le ha dado quien le envía y en cuyo nombre obra; y a este poder suma el suyo propio, que en este caso, por tratarse de un instrumento humano, es una capacidad de hacer lo que hace de una manera consciente y libre. El ministro es *un instrumento que realiza su obra con responsabilidad*.

Segundo, el ministerio es una institución de servicio. Esta nota es inherente a la misma razón de ser del instru-

(12) *Suma teológica*, III, 63, 2.

(13) *Id.* III, 64, 5.

(14) *Id.* III, 62, 1, 2m.

(15) *Comentarios a San Mateo*, cap. 20.

mento; porque todo instrumento sirve a alguien y para algo. Asimismo, el ministro, a la vez que sirve y es útil a quien le envía, es provechoso también a aquellos a quienes es enviado. “El ministro de la Iglesia, dice el Angélico, es ministro de las necesidades de los demás... Y si alguien desea tener en ella primacía, sepa que esta primacía no es dominio, sino servicio... Por lo tanto, lo que tienen los preladados es para los súbditos” (15). Luego veremos cómo determina el propio Santo Tomás las personas a las que el ministro sirve, que son tres: Dios Cristo y los hombres.

Tercero, a estas dos notas, la de actividad responsable y la de servicio hay que añadir en los ministros de la Nueva Alianza una tercera, es la *idoneidad*. No una idoneidad que podría llamarse profesional, y que se trataría de saberse el oficio para el que el ministro es asumido, sino una idoneidad sobrenatural o una dignidad de vida divina debidamente vivida. Cuando el Apóstol compara los ministerios de los dos Testamentos llama al ministerio de la Antigua Alianza ministerio de la letra. Y al de la Nueva, ministerio del espíritu. Y comenta Santo Tomás: “Aquí San Pablo habla profundamente. El Testamento Nuevo es el del espíritu, por quien se difunde la caridad en nuestros corazones. Cuando el espíritu infunde la caridad, en la que está la plenitud de la ley, el testamento es nuevo. No testamento escrito con letra, sino con espíritu; esto es, con el espíritu que vivifica” (16). Es, pues, claro, de qué idoneidad se trata. No es cuestión de competencia o de conocimiento cabal de la letra que se propone, competencia que, sin embargo no se descarta. Se trata de una vivencia del espíritu que se comunica cuando se confiere el ministerio. Diríamos que esto es precisamente lo profesional en la Alianza Nueva, actuar a impulso de la caridad que es la plenitud de la ley. Cuando Dios nos hace ministros del Nuevo Testamento y nos da poder para ejercer el ministerio, sigue diciendo el Santo, “no sólo da el poder; da también aquello con lo

(16) *Comentarios a la 2 corintios*, cap. 3.

que se ejerce idóneamente... a no ser que el elegido ponga impedimento por su cuenta" (17).

Como hemos dicho más arriba, la descripción que podría hacerse del ministro y del ministerio del Nuevo Testamento, según estas notas del Angélico es que se trata de una institución de actividad responsable, de servicio, y que debe ejercerse santamente.

Hemos recordado anteriormente que en las cartas aparecen ya varios catálogos de ministerios. También aparece variedad de ellos en los Hechos. Muchos eran ministerios de servicio a los fieles y de ayuda a los apóstoles, a fin de que éstos se dedicaran con dedicación más especial y plena a los suyos. Porque había ministerios especialmente encomendados a ellos por el Señor.

Dejó reservados para los Doce, y luego veremos que están reservados para los sacerdotes, los cuatro ministerios siguientes: el *pontifical*, cultural o litúrgico, de hacer y ofrecer el sacrificio; el de la *reconciliación* o del perdón de los pecados; el de la *justificación* o santificación de los fieles; y el de *la palabra*.

A los Doce dejó reservado el ministerio pontifical de hacer y ofrecer el sacrificio. La encomienda la hizo en la última cena, cuando les dijo que hicieran en memoria suya lo que El acababa de hacer. Con estas palabras, escribe Santo Tomás, les dio el poder de consagrar (18). Más adelante declararían lo mismo el concilio de Trento, cuando en el Decreto sobre el sacrificio de la misa enseña que "en conformidad con lo que siempre entendió y enseñó la Iglesia Católica, con estas palabras 'haced esto en memoria mía' les mandó a ellos (a los Doce) y a sus sucesores en el sacerdocio, que ofrecieran este sacrificio" (19). Los apóstoles quedaron así constituidos, por este mandamiento precisamente, en ministros del acto de culto por excelencia. Fueron constituidos pontífices de la Nueva Alianza. Ya la historia de la iglesia madre de Jerusalén y de las iglesias que

(17) *Ib.*

(18) *Suma teológica*, III, 82, 1.

(19) Sesión 22, cap. 1. — Denz. 938.

luego iba fundando Pablo en la paganía, da fe de que eran ellos, los apóstoles, quienes ejercían la función pontifical (20). Pero interesa ahora, a efectos de lo que se dirá en la segunda parte de este trabajo, marcar el acento en un detalle, que ya hemos advertido más arriba como insinuado por el mismo Cristo, y que no pasó inadvertido a Santo Tomás en el comentario a un pasaje del Apóstol. Nos referimos a la conexión entre el ejercicio del apostolado y la función pontifical. Pablo dice a los romanos que Dios, a quien él sirve dando a conocer el evangelio, es testigo de que no les echa en olvido. Y comenta el Angélico: "Para manifestar que no apela inútilmente a un testigo justo dice que está unido a El, pues con el evangelio le sirve *dándole culto de latría*" (21). Vemos unidas la predicación y la latría o el culto sacrificial.

Como el pontifical, recibieron también los Doce del Señor el ministerio de la reconciliación. "A quienes pordenéis los pecados les serán perdonados y a quienes se los retenáis le serán retenidos", les dijo en el momento de la despedida. Y que ejercieron este ministerio lo asegura el mismo San Pablo, cuando en la segunda carta a los corintios escribe que "Dios nos reconcilio consigo por Cristo y nos confió el ministerio de la reconciliación". Santo Tomás apostilla así estas palabras: "Cristo concedió doble beneficio, uno, común; otro, especial. El común, para todo el mundo... El especial fue hecho a los apóstoles, por cuanto a ellos fue a quienes hizo ministros de la reconciliación" (22). Este ministerio ya es de cara a los hombres; se refiere a la segunda vertiente del ministerio sacerdotal. Con él se confiere a los hombres la primera parte del beneficio de la gracia. Ya sabemos que el sacerdote, como el apóstol, como Cristo, da a los hombres la gracia y la verdad. La primera fase del beneficio de la gracia es la que los teólogos llaman *sanante*; es la que quita la enfermedad o el pecado. Es el ministerio de la reconciliación o del perdón.

(20) Hechos 2, 42; 20, 7-12.

(21) *Comentario a los romanos*, cap. 1.

(22) *Comentario a la 2 corintios*, cap. 5.

Pero este ministerio de administración de la gracia tiene una segunda fase. Al que se le han perdonado los pecados y se le ha reconciliado con Dios se le ha hecho hijo adoptivo suyo. Es la segunda cara de la gracia, la que los teólogos llaman gracia *elevante*. La gracia es una sola realidad. En el mismo momento que sana, eleva. Pero se trata de una única realidad con dos efectos formales. Pues bien, este segundo efecto al que nos estamos refiriendo, que es convertir a los pecadores en hijos de Dios haciendo que participen de su misma naturaleza, que eso es la gracia santificante, pertenece al ministerio de la justificación, que también dejó el Señor reservado a los Doce. Vuelve a ser San Pablo quien lo dice: “Nos hizo ministros del Nuevo Testamento... que es ministerio de justicia y de gracia”. Y comenta Santo Tomás, que se trata de un ministerio, no de justicia, virtud moral, sino de justicia = elemento vivificador en el Espíritu. El ministerio del Nuevo Testamento es ministerio de justicia, porque justifica vivificando internamente” (23).

Por último está el ministerio de la palabra o de la predicación o de la comunicación de la verdad revelada a los hombres. Es el segundo don que el sacerdote, como el apóstol, como Cristo, han traído y comunican al mundo, el de la verdad. El Señor se lo encomendó a los Doce cuando les mandó enseñar a todas las gentes. Y ellos tomaron conciencia de esta encomienda, hasta el punto de que, para que otras ocupaciones no estorbaran su oficio de evangelizadores, se vieron obligados a instituir el ministerio del diaconado.

Tras este breve recorrido por el evangelio, los Hechos y las cartas paulinas, con las anotaciones de los comentarios breves que va poniendo Santo Tomás, queda afirmado que los apóstoles recibieron particularmente cuatro ministerios. Uno con vertiente hacia arriba, el pontifical o cultural. Tres, con vertiente hacia los hombres: los de reconciliación y la justificación, con los que les comunican la gracia y el de la palabra con el que les comunican la verdad.

(23) *Id.*, cap. 3.

2) *El ministerio del sacerdote*

Los ministerios, que acabamos de ver fueron reservados a los Doce, los tiene reservados también el sacerdote, que es su sucesor, aunque no lo sea con la plenitud con que son los obispos. El sacerdote es un elegido, como los apóstoles. La elección, que es selección, se hace mediante la colación del carácter sacramental del orden.

Ya advierte Santo Tomás que, en una antropología sacramentaria, corresponde al orden *la nota social*, nota que corresponde también al matrimonio. Pero la nota social que adjudica al sacramento del orden es la del *servicio a los demás*, a diferencia de la del matrimonio, que es la de la pervivencia y multiplicación de la especie. Todos los sacramentos, menos estos dos, tienen características de promoción *personal*. El matrimonio y el orden las tienen de promoción *social*. El orden, concretamente, es un sacramento para el servicio de los otros. Será, por lo tanto, un sacramento con el que se otorgan ministerios, puesto que entre las notas que éstos tienen está precisamente la del servicio, según ya anteriormente quedó consignado. “Con relación a la comunidad el hombre se perfecciona... primero, por el hecho de recibir el poder de... ejercer las funciones públicas, cosa que corresponde en la vida espiritual al sacramento del orden” (24). Con él se promociona el hombre de cara a los demás. Es un sacramento por el que, quien lo recibe, se hace deudor de los otros; se debe a los otros. Con ello queda, por lo tanto, abierto el camino para los ministerios. Pero quiénes son *los otros* de cara a los cuales se otorgan los ministerios sacerdotales? Quien recibe este sacramento se pone al servicio de Cristo, al servicio de Dios y al servicio de los hombres. Todo ello, en virtud de la consagración con que fue consagrado al ordenarse.

En primer lugar el sacerdote se pone al servicio de Cristo, que es quien le envía (Juan, 20, 21). En principio todo ministro es un servidor del señor que le hace su ministro, aunque su servicio esté destinado al bien de los demás.

(24) *Suma teológica*, III, 65, 1.

Viene a ser su *manus longa* con la que llega donde él personalmente no puede llegar, o donde, aunque pueda, no quiere hacerlo en persona. Comentando Santo Tomás las palabras del Apóstol “soy ministro de Cristo entre los gentiles” (Rom 15, 16), dice: “(Pablo) determina la gracia que ha recibido para ser ministro de Jesús entre las gentes, o lo que es lo mismo, *para servirle a El* en la conversión de los gentiles” (25). Ya nos dijo en un texto citado más arriba que el ministro tiene analogía con el instrumento; y el instrumento es útil al agente que lo utiliza. En este caso el agente que utiliza al sacerdote es Cristo, de quien es mandatario. Pero hay que entender este servicio, que podría tener dos interpretaciones: una de ayuda, para hacer con el ministro lo que no puede hacer por sí mismo. Otra, de promoción personal del propio ministro. Lo primero suele ser frecuente en los ministerios de los hombres; pero no es el caso de ahora. Cristo se basta a sí mismo y no necesita de nadie; no asume al ministro como ayuda. En su liberalidad lo hace porque quiere promocionarlo y dignificarlo. Le hace ministro dándole un poder sacerdotal; y este poder es precisamente una *participación* de su propio sacerdocio. Es el carácter que imprime el sacramento del orden, y “los caracteres sacramentales son ciertas *participaciones* del sacerdocio de Cristo derivadas de El mismo” (26).

El sacerdote ministro está también al servicio de Dios. Es un mediador entre Dios y los hombres para ofrecerle nuestro sacrificio (Hebr. 5, 1). Nuestro sacrificio, en la economía sobrenatural en que vivimos es la eucaristía (27) en orden al a cual ha sido precisamente promocionado: “Al sacerdote, cuando se ordena, se le da poder para consagrar este sacramento” (28). Sirve, pues, a Dios haciendo y ofreciéndole el sacrificio de la Nueva Alianza. La dedicación del sacerdote al misterio eucarístico es el quehacer principal del culto divino y del servicio del Señor. “El sacramento que dice relación directa al culto divino en la misma acción

(25) *Comentario a los romanos*, cap. 15.

(26) *Suma teológica*, III, 63, 3.

(27) *Id.* III, 79, 1; 83, 1.

(28) *Id.* III, 82, 1.

sacramental es la eucaristía, en la cual consiste el culto divino principalmente, por cuanto ella es el sacrificio de la Iglesia” (29). El poder consagrador del cuerpo de Cristo, que el sacerdote ha recibido al recibir el carácter del sacramento del orden, no sólo convierte el pan en el cuerpo del Señor hecho manjar y sacramento para nosotros; lo convierte también en el mismo cuerpo *hecho hostia* pura y agradable al Padre. Pero no es sólo éste el culto que el sacerdote ofrece a Dios y el servicio que le presta. También se lo rinde con el ofrecimiento cultural de la labor apostólica que despliega entre los hombres. Es la idea insinuada en el evangelio de San Juan y en la carta a los romanos, según textos que ya hemos recogido; y que luego recoge Santo Tomás, como también hemos visto; y cuya explicación veremos en la segunda parte de estas notas.

Y el sacerdote está, por último, al servicio de los hombres. Como sacerdote no es sólo mediador de abajo arriba, llevando a Dios nuestras cosas y rindiéndole culto en nuestro nombre; es, a la vez, mediador de arriba abajo, trayéndonos a nosotros la gracia y la verdad divinas. Esto es lo que vimos que hizo Cristo, quien apareció entre nosotros lleno de gracia y de verdad, para que todos participáramos de ellas. Es lo que vimos que hicieron los apóstoles como ministros del perdón, de la justificación y de la palabra. Y es lo que debe hacer el sacerdote por imperativo de su consagración. Con el carácter que recibe al ordenarse provee la Iglesia “de ministros destinados a administrar a los hombres los otros sacramentos” (30). Con esto tenemos ya al ministro de nuestra gracia, puesto que los sacramentos son el cauce normal institucional de su administración. Sólo con esto bastaría también para afirmar que son ministros de la palabra, por ser la palabra parte integrante del sacramento; y quien lo administra debe explicar lo que la palabra significa y contiene. Pero añadida a la palabra del sacramento está la de la catequesis. Comentando un pasaje de Dionisio escribe así el Santo: “A ellos (a los sacerdotes)

(29) *Id.* III, 63, 6.

(30) *Ib.*

les pertenece predicar y enseñar” (31). El Apóstol dice que le consideremos como dispensador de los misterios de Dios (1 Cor. 4, 1). Y comenta el Angélico, aplicándolo a los apóstoles y a los sacerdotes: “Son mediadores entre Cristo, a quien sirven... y sus miembros, que son los fieles de la Iglesia, a los que distribuyen los dones de Cristo. Son administradores de los misterios de Dios; de sus secretos, que son las verdades espirituales y los sacramentos, en los que, por la virtud de Dios, se comunica secretamente la salvación. De ahí que en la fórmula de la consagración de la eucaristía se diga que ella es ‘misterio de la fe’”.

3) *Confirmación derivada del carácter sacramental del orden*

Si se considera lo que es y lo que da de sí la unción sacerdotal o el carácter del sacramento del orden, se ve confirmado lo que venimos diciendo sobre los ministerios de Cristo, para los que recibió la misión del Padre; de los apóstoles, que fueron los continuadores de su misión; y de los sacerdotes, continuadores de la misión de los apóstoles. Este carácter es una consagración que dedica al consagrado al culto de Dios y a la utilidad santificadora de los hombres.

Santo Tomás clasifica al carácter sacramental entre el grupo ontológico de las potencias o de los poderes (33). Es un poder sagrado destinado al culto divino. El del sacramento del orden concretamente destina a tres ministerios y da poder activo para realizarlos:

Primera, a hacer y ofrecer el sacrificio eucarístico. “Al sacerdote, cuando se le ordena se le da poder para consagrar la eucaristía. Con ello se coloca en el grado de aquellos a quienes dijo el Señor: Haced esto en memoria mía. Por ello hay que decir que consagrar la eucaristía es ministerio propio del sacerdote” (34).

(31) *In IV Senten.*, dist. 6, q. 2, a. 2, sol. 2; cf. *Suma teológica*, III, 71, 4.

(32) *Comentario a la 1 corintios*, cap. 4.

(33) *Suma teológica*, III, 63, 2.

(34) *Id.* III, 82, 1.

Segunda, a ejercer el ministerio de la reconciliación: “La gracia que se da en los sacramentos desciende de la cabeza a los miembros; y por eso su ministro es el que tiene poder sobre el cuerpo real de Cristo, lo cual es exclusivo del sacerdote, que es quien puede consagrar la eucaristía. Y, porque en el sacramento de la eucaristía se confiere la gracia, sólo el sacerdote es ministro de este sacramento” (35).

Tercera, a ejercer el ministerio de la justificación. La gracia, que da o acrecienta la filiación divina, se confiere normalmente por los sacramentos. Y el carácter del orden es “el que destina a algunos hombres a proveer a otros de los demás sacramentos” (36).

Santo Tomás ha hecho depender ya, del carácter del sacramento del orden, como se advierte en los textos que venimos citando, tres de los cuatro ministerios sacerdotales: el pontifical, el del perdón, y el de la justificación. También el de la palabra tendrá conexión con él en la medida en que la palabra esté ligada al sacramento. Al conectar con el carácter sacerdotal la administración de los sacramentos (y esto ya nos lo ha afirmado) también conectará el ministerio de la palabra. Es de advertir, sin embargo, que los dos ministerios del culto sacrificial y del perdón, o de la consagración eucarística y de la absolución, de tal manera son propios del sacerdote-ministro, que los tiene él en exclusiva. El de la administración de otros sacramentos y el de la palabra pueden ser ejercidos por ministros inferiores (37).

El carácter, o el elemento consagrador del sacerdote-ministro tiene exigencias en orden *al hacer* y en orden *al modo de hacer*. En orden al hacer, ya hemos dicho que Santo Tomás lo coloca en el orden ontológico de las potencias. Es, pues, una realidad de contextura activa. Existe y se comunica para obrar con ella, no para tenerla inactiva o inoperante. Y en orden al modo de hacer es cierto que este poder sagrado no es por sí mismo santificador del sujeto que con él se consagra. De hecho hay bautizados que tienen el carácter bautismal y no actúan ni viven según se-

(35) *Id.* Supl., 8, 1.

(36) *Id.* III, 63, 6.

(37) *Id.* III, 71, 4.

gún las exigencias de la gracia santificante. Son consagrados que viven mal. Como hay sacerdotes, sujetos consagrados con la unción que da el carácter del orden, y actúan en sus ministerios al margen de las exigencias de la gracia, porque no viven con ella. Pero, si bien es cierto que no es por sí mismo santificador, impone exigencias morales de una actuación santa. Para que así suceda infunde Dios al ordenando, juntamente con el carácter, una gracia santificante que, si no la rechaza por su culpa, le acompañará siempre en su quehacer sacerdotal. Santo Tomás apunta repetidas veces este detalle, que se refiere al *modo santo* de cumplimentar los ministerios para los que capacita el carácter sacramental. Bastarán dos ejemplos. Uno está en el comentario que hace a la distinción paulina entre el ministerio de la letra y el ministerio del espíritu; propio el primero de los ministros del Antiguo Testamento, y el segundo de los del Nuevo. Para que el ministerio de la Nueva Alianza resulte idóneo, puesto que se trata de ministerio del espíritu y no de la letra, Dios “no sólo da el poder (en este caso, que es el ministerio sacerdotal, entiéndase el carácter) sino también aquello con lo que se puede ejercer dignamente... a no ser que ponga impedimento el elegido por su cuenta” (38). Otro, en el comentario a la carta a los romanos. Pablo les escribe diciendo que cuando les evangelizaba santificaba el evangelio. Y comenta el Angélico: “manifestando con la palabra *y con la conducta* que el evangelio es santo” (39).

RELACION QUE GUARDAN ENTRE SI EL APOSTOLADO Y EL CULTO

Lo que hasta el presente llevamos dicho, confirmándolo con palabras de Santo Tomás, es doctrina cierta y firme. Existen los ministerios del culto, de la gracia y de la palabra. El Señor los ejerció. Los apóstoles continuaron ejer-

(38) *Comentario a la 2 corintios*, cap. 3.

(39) *Comentario a los romanos*, cap. 15.

ciéndolos por encomienda particular que les hizo el Maestro. Y siguen ejerciéndolos los sacerdotes-ministros, quienes, en virtud de una consagración particular, han recibido también esta compleja y múltiple misión. "Los presbíteros han sido consagrados por el sacramento del orden, como sacerdotes del Nuevo Testamento, a imagen de Cristo sumo y eterno sacerdote, para predicar el evangelio, apacentar a los fieles y celebrar el culto divino" (40).

Pero ¿cómo se relacionan entre sí estos ministerios? ¿Son todos igualmente principales? ¿Hay alguna razón de dependencia entre ellos? ¿Cómo valorar el ministerio apostólico que se ejerce entre los hombres y el ministerio cultural que se ejerce frente a Dios? Santo Tomás nos da una doctrina precisa sobre tres hechos, doctrina que conduce a una respuesta bien fundada en favor de la primacía del ministerio cultural y de la dependencia del apostólico, que no desaparece, sino que se promociona, cuando se relaciona con la función litúrgica. Vamos a recordar estos tres hechos doctrinales, limitándonos luego a hacer la aplicación práctica concerniente al asunto, objeto de las preguntas. Este siempre es un asunto de vivo interés sacerdotal, pero particularmente es interesante en nuestros días por la confusión que se ha difundido y se difunde sobre él.

Los hechos, sobre los que Santo Tomás tiene doctrina bien sentada, y que pueden proyectar luz sobre el tema que llevamos entre manos son los siguientes: Primero, la eucaristía se relaciona con los demás sacramentos ejerciendo sobre ellos un influjo efectivo y primacial. Segundo, Cristo tiene dos cuerpos, uno real, que es el eucarístico, y otro místico, que se contrapone al anterior, no porque no sea real, sino porque tiene una contextura social y no personal, como sucede con el cuerpo eucarístico. Pues bien, el poder que se ejerce sobre cada uno de estos dos cuerpos no es independiente. Más bien el que se ejerce sobre el segundo depende del que se tiene el primero. Lo referente al cuerpo místico depende de lo que se refiere al cuerpo eucarístico. Tercero, en Cristo se distinguen bien la vida apostólica que

(40) *Lumen gentium*, n. 28.

llevó durante tres años y el sacrificio redentor que quedó consumado con la muerte y la resurrección. No son dos fases independientes en su vida, ni la eficacia de una es independiente de otra. Más bien la eficacia de la labor apostólica depende de la que tiene el sacrificio redentor.

Estos tres hechos doctrinales tienen en sí una importancia capital, y proyectan particularmente mucha luz sobre el asunto de la jerarquización de los distintos ministerios sacerdotales. No intentamos hacer un estudio particular de cada uno de ellos, sino simplemente señalarlos, para hacer luego la aplicación al caso que nos ocupa. Por lo demás, el estudio lo tenemos hecho en otras publicaciones, que iremos señalando en nota según vaya viniendo la oportunidad.

1) *La eucaristía y los demás sacramentos*

La presencia real del Señor en la eucaristía entraña dos características, porque el cuerpo del Señor en el altar es dos cosas. Es sacramento, o bien que se entrega a los hombres, para quienes el pan se ha convertido en el cuerpo del Señor hecho manjar espiritual nuestro. Y es sacrificio, o don que se ofrece al Padre, para quien el pan se ha convertido en hostia pura que se le ofrece para su gloria y en nuestro beneficio. Por las dos razones, la sacramental y la sacrificial, está en la eucaristía quintaesenciada toda la Iglesia; y en ella encuentra la Iglesia el origen fontal de toda su vitalidad. Con este misterio, en efecto, se constituye la comunidad eclesial. Como sacramento es manjar que nos une vitalmente a Cristo, porque quien lo come permanece en El y El en quien lo come. Con una permanencia, no biológica, porque la carne no aprovecha, sino espiritual, porque el espíritu es el que vivifica. El cuerpo real del Señor, cuando lo comemos, es el vehículo por el que llega a nosotros su vida divina. Se ha hecho así la comunidad o la comunión entre la cabeza y el miembro. Pero es que, además, todos los que comen este pan constituyen entre sí una comunidad también; están unidos unos con otros. Es San Pablo quien lo dice. Porque es uno el pan todos cuantos lo comemos formamos uno solo cuerpo. Está hecha, pues, la

Iglesia, o la comunidad del hombre con Cristo y con los demás en Cristo.

También hace la Iglesia la eucaristía en su aspecto sacrificial. Por las palabras de la consagración se convierte el pan en el cuerpo del Señor hecho hostia agradable al Padre. Y la sinceridad de la acción sacrificial pide a gritos que quien sacrifica y ofrece el cuerpo del Señor en el altar se sacrifique y ofrezca a sí mismo también, porque el sacrificio litúrgico tiene razón de signo, y no hay que vaciarlo de su significado. Y quienes en el altar actúan son el sacerdote ministro, que sacrifica y ofrece por el pueblo, y el pueblo que se ofrece a sí mismo. Se ha constituido, pues, una comunidad litúrgica de alabanza y entrega al Padre, presidida y actuada por el pontífice capital, que es Cristo; visiblemente, por el ministro; e integrada por todo el pueblo fiel.

Y esta unión o esta comunidad eclesial, que hace la eucaristía como sacramento y como sacrificio es firme y entrañable, porque el lazo que unifica es la gracia divina, que pervade todo el cuerpo y cada una de sus junturas; y es el amor de caridad o de entrega, del que la propia eucaristía es la prueba mayor, porque es la máxima donación que se nos hace.

Ahora bien, la Iglesia es una institución sacramental, porque ella es en sí misma el sacramento visible de la unión del hombre con Dios, y porque en su estructura entran como elemento esencial los sacramentos particulares. Y la eucaristía, que hace el sacramento-Iglesia, es la que da eficacia a los otros sacramentos particulares también, como repetidamente afirma el Angélico. Y así, cuando habla del bautismo y dice que da la vida y hace hijos de Dios en razón de un valor eucarístico intencional que está entrañado en él (41). Y así cuando afirma que cuanto hay de vivificante en los otros sacramentos obedece también a un valor eucarístico intencional de los mismos (42). Y así cuando recuerda que en la eucaristía no hay sólo una virtud, sino que está todo el contenido de la economía sobrenatural

(41) *Suma teológica*, III, 73, 3.

(42) *Id.* III, 79, 1, 1m.

presente (43). Por todo ello pudo escribir: "Todos los efectos de los otros sacramentos se pueden atribuir a éste, porque es la perfección de todos y contiene como en síntesis todo cuanto está distribuido en los demás" (44).

Salta a la vista la aplicación que de esta principalidad de la eucaristía se saca en orden a la jerarquización de los diversos quehaceres que tiene el sacerdote-ministro. La eucaristía, cuya importancia en la constitución y en la vida de la Iglesia es tan destacada, es el misterio "en el que consiste principalmente el culto divino, por cuanto ella es el sacrificio de la Iglesia" (45). De donde se sigue, por lo tanto, que el ministerio cultual tendrá en el sacerdote una primacía y una importancia capital sobre los otros, por versar sobre lo que en la Iglesia es tan radical y formalmente relevante, como es el misterio eucarístico.

Además de dar culto al Señor, principalmente en y con el sacrificio del altar, el sacerdote ministro ejerce el ministerio de la gracia mediante la administración de los sacramentos, que son el camino ordinario por el que ésta llega a los hombres. Y resulta, según nos lo acaba de afirmar Santo Tomás, que todos ellos y la eficacia de cada uno de ellos están en relación de dependencia respecto a la eucaristía, o respecto a lo que es el objeto principal del ministerio del culto, que es el sacramento y el sacrificio del altar.

Está, además, el ministerio de la palabra. San Pablo ejercía este ministerio en todas partes, en las calles, en las casas, en las sinagogas y hasta en el areópago. Y en todos es-

(43) *Id.* III, 64, 3; 79, 1.

(44) *In IV Sent.*, dist. 8, q. 1, a. 2, sol. 2 4m. — Sobre este tema hemos escrito los trabajos siguientes: *En qué sentido depende de la eucaristía la eficacia de los otros sacramentos*. Revista Española de Teología, 1947. — *Lo general y lo específico en el sacramento de la eucaristía*. Teología Espiritual, 1957. — *La misa, vínculo de caridad*. Teología Espiritual, 1961. — *La eucaristía y el misterio de la comunidad litúrgica*. Teología Espiritual, 1958. — *El sacrificio de la eucaristía y la permanencia del Señor en el sagrario*. Teología Espiritual, 1972. — *Doctrina y pastoral de hoy en torno a la eucaristía*. Teología Espiritual, 1969. — *Los motivos de la presencia real*. Ciencia Tomista, 1968.

(45) *Suma teológica*, III, 63, 6.

tos sitios llevaba al altar su evangelización. Lo mismo hacían los demás apóstoles. En los Hechos hay varios pasajes que lo testifican. En la Iglesia de Jerusalén se reunían para *predicar* la palabra y hacer *la fracción del pan*, según el capítulo segundo. En Troade, según el veinte, entreveró Pablo la predicación y la celebración eucarística. Interpretando unas palabras de San Pablo a propósito de la predicación, asegura Santo Tomás que la predicación de los apóstoles tenían valoración del culto de latria (46). Piensa el santo que hay relación de dependencia entre el ministerio de la evangelización y el pontifical. Ministerio de la palabra, sin conectarlo activamente con el ministerio del sacrificio, será ministerio seglar, pero no sacerdotal.

2) *Poder sobre el cuerpo real y sobre el místico.*

Estos dos calificativos del cuerpo del Señor no manifiestan con exactitud lo que con ellos se quiere decir, como si el primero fuera real y el segundo fuera ideal o imaginario. El Señor tiene los dos; y el místico también es real. El que de ordinario designamos con el calificativo de real es el personal e individual; el que fue engendrado en las entrañas de Santa María Virgen, vivió treinta y tres años entre nosotros, está hoy glorioso en el cielo y sacramentado en el altar. Tres estados y maneras de existir distintas, pero siempre y en los tres estados, un uno y mismo cuerpo. El que solemos calificar con el calificativo de místico, que también es real, es el cuerpo colectivo y social, constituido por Cristo, como cabeza, y por todos cuantos de alguna manera participan del influjo vital que de la cabeza desciende. Esta participación les hace precisamente miembros de dicho cuerpo.

Pero “de la cabeza, que es Cristo, desciende a los miembros el sentido de lo espiritual, que es el conocimiento de la verdad, y el movimiento espiritual, que procede del impulso de la gracia” (47). Estas dos comunicaciones de la cabeza a los miembros corresponden a los dos ministerios

(46) *Comentario a los romanos*, cap. 1.

(47) *Suma teológica*, III, 69, 5.

que tiene el sacerdote de cara a los hombres, el ministerio de la gracia, con sus dos manifestaciones de perdón y justificación, y el ministerio de la palabra, con el que le comunica la verdad. Con la consagración que le da el carácter del orden recibe el sacerdote-ministro un poder que tiene dos derivaciones. Una va hacia el altar, es el poder cultural o pontifical que ejerce sobre el cuerpo real. Otra va hacia la calle, es el del poder apostólico que ejerce sobre el cuerpo místico. Esta derivación hacia la calle o hacia el hombre se bifurca en la comunicación de la gracia, que se hace normalmente por los sacramentos; y en la comunicación de la verdad, que se hace por la palabra. En los dos casos que precisamente reciben los miembros de la cabeza.

¿Qué relación establece Santo Tomás entre estos dos poderes y estas dos clases de ministerios? La relación de dependencia del segundo, del que va hacia la calle, respecto del primero, del que va hacia el altar. Lo que va hacia el hombre depende en el quehacer ministerial de lo que va hacia Dios: "El sacerdote, dice, realiza dos acciones. Una principal, sobre el cuerpo real de Cristo; y otra secundaria, sobre el cuerpo místico. *La segunda depende de la primera, pero no viceversa*" (48). La razón de esta dependencia es obvia; es una razón impuesta por la misma naturaleza de las cosas. Porque el poder sobre el cuerpo místico y los ministerios correspondientes a este poder son para administrar lo que de la cabeza desciende a los miembros, será un poder que depende en última instancia del que se tiene sobre la cabeza misma. "La gracia que se da en los sacramentos desciende de la cabeza a los miembros, y por eso el ministro de los sacramentos por los que se da la gracia es el que tiene poder sobre el cuerpo real de Cristo. Y esto es cosa propia del sacerdote, que es quien puede consagrar la eucaristía" (49).

El ejercicio y la regulación de los ministerios del apostolado, el de la palabra y el del perdón dependen de una

(48) *Id.* Supl. 36, 2, 1m.

(49) *Id.* Supl. 8, 1. — Cf. el estudio que sobre este tema publicamos en el *Cuerpo místico de Cristo*, págs. 688-695. Edic. BAC, 1956.

determinada colación canónica. Santo Tomás lo recuerda en una ocasión (50). Pero una cosa es la colación canónica y otra la raíz teológica y ontológica. En la mente del Santo está claro que en el carácter que se imprime al sacerdote cuando es consagrado, con el que se capacita para hacer y ofrecer el sacrificio del cuerpo real del Señor, está la raíz teológica y sacramental del apostolado sacerdotal.

3) *El apostolado de Cristo y el sacrificio redentor*

El Señor ejerció el ministerio del apostolado entre los hombres y el cultural ante el Padre. San Pablo resume en estos dos quehaceres toda su obra cuando nos lo presenta como modelo, en unas palabras que ya citamos en otro lugar. Dice que nos fijemos en el *pontífice* y el *apóstol* de nuestra Fe, Cristo Jesús. El ministerio apostólico llenó tres años de su vida pública. El pontifical lo ejerció cuando esta vida llegó a su fin. Pero en su mente y en la meta de todo su apostolado durante los tres años que lo ejerció y en la de toda su vida, como en la de la misma encarnación, estaba siempre la acción pontifical de sus últimos momentos, pues había venido y vivía para ofrecerse en sacrificio al Padre por nosotros.

También el sacerdote ministro desempeña estos dos ministerios. ¿Cómo ve Santo Tomás la relación que hay en Cristo entre su ministerio de apostolado, dedicado a hacer bien a los hombres, y su ministerio de pontífice que ofrece al Padre el sacrificio de alabanza, de gratitud y de compensación? Y en consecuencia ¿cómo verá las relaciones que debe haber entre el apostolado sacerdotal y el sacrificio del altar?

Sus palabras son bien claras: “Si nos fijamos en el valor de lo que hacía, cualquier acción de Cristo, aun sin la muerte, hubiera bastado para redimir al género humano, porque el valor lo daba la dignidad infinita de la persona... Pero si nos fijamos en el *destino* que se daba habrá que decir que el Padre y Cristo no destinaron a la redención

(50) *Suma teológica*, II-II, 39, 3.

los actos sino en cuanto estaban conectados con la muerte" (51). Así habla en uno de sus quodlibetos. Y es doctrina que enseña también en la Suma, cuando dice que cualquier acto suyo, aun el más pequeño, bastaba para redimir a todo el género humano (52), pero para que de hecho fuera redentor hacía falta que llegara al sacrificio (53).

En la obra redentora intervienen activamente dos, Cristo que la hace y el Padre que la acepta. Y los dos estaban de acuerdo, dice el texto citado, en que para que fuera rata y válida pasara por el sacrificio. Idea, por lo demás, muy paulina, como se puede ver en el cap. 10, de la carta a los hebreos. Y no por el sacrificio ordinario y permanente de una vida activa entregada al bien de los hombres y a la gloria de Dios, cosa que en Cristo fue constante; sino por el sacrificio *cultural* y *pontifical* de la muerte y la resurrección. La medida que los dos se impusieron en la obra de la redención fue el ofrecimiento sacerdotal de Cristo en la cruz y la aceptación del Padre manifestada por la resurrección. Este misterio pascual de Cristo constituye su sacrificio cultural, según la interpretación auténtica de San Pablo. Hubo templo en este sacrificio; fue al aire libre. Hubo sangre derramada, no ajena, como era la de los animales que sacrificaban los sacerdotes judíos, sino propia, pues fue la del mismo sacerdote que sacrificaba y ofrecía. Hubo ingreso en el santo de los santos; no hecho por mano de hombres, porque este santo de los santos fue el cielo, en el que Cristo entró plenamente mediante la resurrección. Hasta entonces el alma del Señor venía, en su parte superior, gozando de la bienaventuranza que consiste en la visión intuitiva de Dios; y sólo a partir de entonces participaron de la bienaventuranza la parte inferior del alma del hombre Cristo y su propio cuerpo. La resurrección fue la entrada plena de Cristo en el cielo, atendido lo que el cielo tiene de estado o de manera de vida; si bien en lo que tiene de lugar la entrada se realizó

(51) Quodlibeto II, a. 1. — Cf. nuestro estudio publicado en *El Cuerpo místico de Cristo*, págs. 333-339.

(52) *Suma teológica*, III, 46, 5, 3m.

(53) *Id.* III, 46, 1.

el día de la ascensión. Esta descripción del sacrificio cultural y sacerdotal del Señor es literalmente paulina (54).

Es de importancia capital marcar el acento en este aspecto del sacrificio redentor que acabamos de notar. Toda la vida de Cristo fue un sacrificio; pero la medida redentora, la eficacia de la redención llegarían cuando el sacrificio ordinario de una vida entregada diariamente a los hombres se llevara al altar y se convirtiera en sacrificio cultural o sacerdotal. Si no se llega a la cruz, la redención no está hecha. Vamos a decir en seguida que no basta al sacerdote-ministro ofrecer el sacrificio de una vida entregada cada día al apostolado. Para que éste no sea seglar, sino sacerdotal, habrá que promocionarlo con el sacrificio del altar.

El Señor en el evangelio y San Pablo en sus cartas nos dejaron constancia de esta relación de dependencia que advertimos entre el apostolado y el sacrificio pontifical. "El Hijo del hombre tiene que ser levantado para que todo el mundo crea y tenga la vida eterna" (55). Que vale tanto como decir que hace falta llegar al sacrificio pontifical de la cruz para que el apostolado de la palabra (creer) y el de la gracia (vida eterna) surta efecto. El sacrificio pontifical tiene una segunda parte, la resurrección, con la que se manifiesta la aceptación del sacrificio por parte del Padre y la victoria otorgada al Hijo. Y de la resurrección dice el Apóstol: "Si Cristo no resucita, vuestra fe es vana; estáis aún en vuestros pecados" (56). Y esto es así porque, en definitiva, al resurrección es la que hizo que Cristo fuera vida para nosotros. Es, de nuevo, el Apóstol quien, hablando de la resurrección del Señor, escribe a los corintios: "Fue hecho (el último Adán al resucitar) espíritu que da vida" (57).

El sacerdote, enviado de Cristo y continuador de los dos ministerios sacerdotales del Señor, el apostólico y el cultural, debe llevar una vida de sacrificio, entendiendo por tal la vida entregada al bien de los hombres. Esto es el minis-

(54) Hebreos, 9.

(55) Juan, 3, 14-15.

(56) 1 corintios, 15, 17.

(57) *Id.* 15, 45.

terio de la palabra y de la administración de la gracia en todas sus múltiples manifestaciones. No estará conforme, sin embargo ni con la letra ni con el espíritu del evangelio y de San Pablo, ni con la interpretación que hemos visto que da Santo Tomás a la vida apostólica del Señor, si piensa que su sacerdocio y su sacrificio sacerdotal es esto solo. Esto será el sacrificio apostólico que tiene un misionero o un apóstol seglar. El ministerio apostólico del sacerdote, para que sea sacerdotal, debe pasar por el altar, porque en el altar es donde se hace presente el sacrificio pontifical del Señor; la cruz, o Cristo padece y muere; y la victoria, o Cristo que resucita y nos da la vida.

Esto quiere decir que el sacerdote ministro, que ejerce sin duda alguna un importante ministerio cuando evangeliza y administra los sacramentos, debe hacer pasar todo esto por el altar. Debe promocionar su apostolado convirtiéndolo incluso en acto pontifical, de culto de latría, como hemos visto que afirmaba San Pablo que lo hacía, según nos lo recordaba el comentario de Santo Tomás.

Por lo demás estas son las enseñanzas también del concilio Vaticano II cuando dice que en el sacrificio eucarístico “cumple el sacerdote *su principal ministerio*” (*Presbyterorum ordinis*, n. 13); que “todas las obras de apostolado están íntimamente trabadas con la eucaristía y a ella se ordenan... Por lo cual la eucaristía aparece como la fuente y la culminación de toda la predicación evangélica” (P. O. n. 5); y que “el sacrificio eucarístico es fuente y raíz de toda la vida del presbítero” (P. O. n. 14).

DE MUNERIBUS ET CULTU QUAE A MINISTERIALIBUS
SACERDOTIBUS EXERCUNTUR
(Summarium)

In catholico sacerdotio distinctiones non gradu tantum sed essentia ponendae sunt, cum munus et institutio sit quae analogice exercuntur. Nam commune fidelium sacerdotium a sacerdotio sic dicto ministeriali distinguimus.

Utrumque duplici sub aspectu considerari potest duosque in fines dirigitur —qui “cultualis” et “apostolicus” ab auctore appellantur— attamen utriusque dignitas valde alia sit, et quidem essentia non gradu tantum, ut ex “Lumen Gentium” numeribus 10 et 28 patet.

Cum magnopere differant, inter se tamen conveniunt atque ad invicem relationem dicunt, quam ob rem illa confundendi tum speculative tum in praxi periculum adest, vel commune sacerdotium extollendo vel ministeriale ed minimum coarctando. Quid ideo de rebus tanti ponderis Sanctus Thoma, quem Deus ornavit excellentissima ingenii acie atque extraordinaria doctrinae claritate, scripserit, maxime nostris procellosis temporibus, peropportunum in luce videtur perferre.

Quo ut perveniat, quae quibusque proprietatibus praeditae sint Novi Testamenti officia e Sancti Thomae libris auctor requirit, speciali referentia habita ad instrumenti naturam, ad servitii missionem, ad idoneitatis qualitatem. Deus enim quattuor munera Apostolis et sacerdotibus tradidit: pontificale, seu munus liturgiae exercendae, reconciliationis, ad peccata remittenda, justificationis, ad sanctitatem transmittendam, verbi seu predicationis. Quae omnia Christus et Apostoli, quae et presbyteri exercent.

Quomodo denique munera inter se conectentur et Eucharistiae Sacrificio innitantur P. Sauras accurate ponderat.